

UN VEDRUNA EN CEUTA

Narrar en unas líneas mi experiencia de este verano con las **Hermanas Carmelitas - Vedruna en Ceuta** me resulta un tanto difícil. Ha sido una vivencia enriquecedora donde predominaba el compartir, y es tanto lo vivido y tan intensamente, que me gustaría que tod@s y cada un@ de l@s lector@s de estas letras lo vivieran en primera persona porque al sintetizar se pierden interesantes detalles. Además, hablar de sentimientos no es fácil y ha sido una experiencia llena de sensaciones y emociones. Pero en fin, intentaré transmitirlos como ha sido mi verano en Ceuta.

Cuando me enteré que las Vedruna llevan a cabo **dos proyectos con inmigrantes** en Ceuta, no dudé en preguntarles si aceptaban a un Educador Vedruna (nuestro apellido inspira confianza) para colaborar durante el verano. Me indicaron que el trabajo les desbordaba, y que por supuesto necesitaban gente. Tenía claro que no iba a pasar el mes de Agosto haciendo turismo solidario, que iba a **compartir**, quería implicarme, con compromiso. Yo, ya había tenido experiencia con inmigrantes en la provincia de Castellón, pero quería conocer donde empezaba todo, quería vivirlo un poco más de cerca, y si podía, ayudar en todo lo posible en la integración de la inmigración. Y así empezó esta experiencia.

La puerta africana de Europa, como la llaman algunos folletos turísticos, es una ciudad con encanto. Es un crisol de culturas (cristiana, musulmana, hindú y hebrea) que enriquece y además invita a la convivencia entre sus calles. Y en una de esas calles, en la barriada de El Sardinero, una casa de acogida; dos proyectos solidarios: **subsaharianos y niños de la calle**; tres Hermanas Vedruna: **Paula, Ana y Regina**; un@s cuant@s voluntari@s y una gran labor con mucho amor y mucha fe.

Nada más llegar a la Comunidad, tal y como me advirtieron, el trabajo también nos desbordó, a mí y a las otras tres voluntarias. Veinticinco bocadillos para la comida, diez litros de agua, la sombrilla, juegos didácticos, las palas, el botiquín, natillas y galletas para la merienda, leche para el desayuno, la nevera y deprisa que ya estarán allí. Pero, ¿quiénes?

Sin darme cuenta había empezado ya a colaborar en uno de los proyectos. Quienes nos esperaban en la playa eran los niños de la calle. Sámir, Áziz, Ráchid, Mustapha, Abdélhac, Aslahara y una veintena más, eran menores marroquíes de familias desestructuradas unos o sin familias otros que, sin más maleta que lo puesto, cruzaban la frontera como podían para llegar a Ceuta, esperando engancharse a algún camión, para cruzar a la Península buscando una vida más digna. Y de momento, en Ceuta, vivir una vida digna era comer de las sobras, llevar la ropa mugrienta, lavarse en algún grifo, dormir en un espigón de la playa, ganar unos euros como "gorrilla" y/o robar algo para comer, y a veces para inhalar disolvente que les ayude a seguir adelante. Y todo ello sin poder pasear por las calles de la ciudad, escabulléndose de la policía para evitar el riesgo de ser internados en San Antonio, centro de menores de la ciudad. ¿Cómo estarían en Marruecos para llegar hasta aquí y vivir así? ¡Qué dura la realidad de estos niños! ¡Qué injusticia! Y ¡cuánto me acordaba de mis alumnos en Valencia!

La labor de las hermanas en este campo, con los niños de la calle, consiste en realizar un seguimiento y acompañamiento educativo, sanitario, jurídico y familiar, realizando un trabajo de calle y actividades socio-educativas y formativas laborales que les faciliten la integración.

Y nosotros junto a la Hermana Ana, desde las doce del mediodía hasta las seis de la tarde, cada día nos íbamos a la playa a su encuentro para compartir nuestro tiempo con ellos, haciendo juegos en grupo, juegos de pareja, enseñarles palabras en nuestra lengua, y aprender de la suya, ayudar a los Payasos Sin Fronteras en sus talleres cada tarde, darles el desayuno, la comida y la merienda, curar alguna herida, dar algún abrazo y, sobre todo dar cariño. Pero nuestra labor no terminaba en la playa a las seis de la tarde. En cualquier momento del día recibías en la Comunidad la visita de alguno que tenía hambre o quería que le curaran. Nunca olvidaré aquel primer día en la playa, hasta entonces mi concepto de playa era diferente, nunca había visto tanta porquería pero era un lugar donde nos dejaban estar. Cuando llegamos cargados con los bártulos, aparecieron de entre las rocas, recién levantados, chavales descalzos y sin apenas ropa. Muy educados nos saludaron sin conocernos y se ofrecieron a ayudarnos. Y así fueron el resto de los días, cada mañana al llegar nos contaban sus fechorías de la noche anterior, si alguien había pasado a la Península, si a alguien lo habían internado en San Antonio, y todo lo que habían hecho hasta altas horas de la madrugada. Una vez más se trataba de compartir.

Ahora, aquí en mi casa, cada día desde que llegué, me pregunto qué será de ellos. Voy por la calle mirando por si los veo. Su sueño es llegar a la Península pero, ¿qué cambiará cuando lleguen aquí? ¿Encontrarán esa vida digna que merecen?

La casa de acogida de las hermanas durante todo el día era una mezcla de culturas y religiones. Un ir y venir de inmigrantes africanos que llegan con los ojos llenos de pánico y se van con una sonrisa en la boca. De Camerún o de El Congo, de Mali o de Costa de Marfil, de Nigeria o de cualquier otro país, muchos de ellos con estudios medios o superiores y hablando al menos dos lenguas llegaban a casa de las hermanas. Todos los días una o dos personas nuevas como mínimo, los afortunados que habían conseguido llegar a España. Unos quizá hacía dos años que habían salido de su casa buscando asilo político, otros un poco menos, a algunos los habían encarcelado al cruzar alguna frontera, a otros les habían robado por el camino, unos habían pasado los puestos fronterizos nada más llegar y otros habían tenido que esperar meses para cruzarlos, pero tod@s buscaban integrarse en una sociedad que les diera asilo.

En el proyecto de los subsaharianos, la tarea de las hermanas es acogerlos cuando llegan, atendiendo sus necesidades más urgentes como la comida, la ropa y el descanso; se les pone en contacto con los recursos de la zona; y les hacen un acompañamiento informándoles de la situación, mediando entre ellos y la sociedad y ofreciéndoles clases de español. Y por supuesto, dándoles mucho ánimo.

Durante mi estancia en Ceuta, los inmigrantes que llegaban a la Comunidad, pasaban la primera noche allí, y el siguiente día laboral se les acompañaba a Gobierno para solicitar el asilo. Hasta que les daban respuesta, pernoctaban en el C.E.T.I. (Centro Temporal de Inmigración) o en sus inmediaciones ya que éste estaba completo; y los alimentos los proporcionaban **Médicos Sin Fronteras** y la **Cruz Blanca**. Por las mañanas venían a pedir a la Hermana Regina algún tique para ropa o una manta, y por la tarde a partir de la una podían entrar a ducharse y lavar la ropa unos cuantos o pedir asesoramiento a la Hermana Paula. A las cinco de la tarde empezaban las clases de español. Como podíamos nos dividíamos en dos o tres niveles, según l@s voluntari@s del momento. Cada día venían “les nouveaux” como algunos decían, y con unas inmensas ganas de aprender español, se

adaptaban a las clases sin necesidad de adaptación curricular. Con unos en inglés, con otros en francés y con otros con gestos nos iniciábamos en nuestra tarea. Y cada día, el interés y empeño de mis alumnos y el escuchar “Buenasss tarde maestro” me regeneraban las fuerzas; y durante hora y media disfrutaba como si de una de mis clases de Tecnología se tratara. Ni ellos ni yo teníamos ganas de que acabara la clase, nunca teníamos suficiente. A veces al terminar la clase, me contaban cómo y por qué habían llegado hasta aquí. Y es entonces cuando con el corazón encogido me daba cuenta una vez más de lo afortunadas que somos unas personas y la injusticia que viven otras. ¿Por qué un@s sí y otr@s no?

Al comenzar estas letras decía que me gustaría que esta experiencia la vivierais en primera persona ya que sólo por el hecho de ser experiencia conlleva un aprendizaje. Como persona es mucho lo que me aporta, como educador todavía es más lo que me enseña. Además, de vez en cuando necesitamos tener vivencias como ésta para darnos cuenta de lo que somos y valorar lo que tenemos. Espero nunca se me olviden esas caras y esos nombres para que así nunca se me olvide que conVIVIR es compartir.

Como Educador Vedruna ahora más que nunca, os invito a tod@s a
CONTINUAR EDUCANDO DESDE LA TOLERANCIA Y RESPETO AL DIFERENTE.

Santi

Desde el año 1999, fecha en que las Vedruna comenzaron su labor de acogida e integración de adultos y niños inmigrantes que llegan a Ceuta, son muchas las críticas que han recibido, muchas las puertas que les han cerrado pero muchas también las ganas de seguir luchando por paliar las injusticias de la vida. Toda esta solidaria y criticada labor con la inmigración la realizan las hermanas desde la **ASOCIACIÓN ELÍN**. Desde esta Asociación se invita a colaborar en el programa de actividades de cualquiera de los dos proyectos o si no se dispone de tiempo se puede colaborar con una aportación económica.

ASOCIACIÓN ELÍN C/ Adoratrices, s/n Barriada El Sardinero 51002 – Ceuta e-mail: elin@telepolis.com Telf.: 956 52 14 76 UNICAJA 2103-1082-87-0030005154
--

“La convivencia y el respeto a los derechos fundamentales de toda persona es cosa de tod@s”